

SIMBOLO

MONTEAGUDO condensa en breves y variados artículos la personalidad y obra de Francisco Alemán Sainz y he solicitado colaborar por cuanto representa una amistad que comenzó a los seis años. Y basado en este conocimiento sí puedo afirmar que los sesenta y dos años de su existencia fueron, estuvieron y se quemaron en una permanente vivencia murciana.

Vivió, conoció y sufrió épocas muy diversas. Sintiendo, conociendo y aprendiendo se iba a forjar una forma de ser que muy pronto encontraría su propia expresión. Le tocó vivir —y nos tocó a otros muchos de su generación— etapas conflictivas, distintas e inquietantes, pero por ello de intenso bullir y aflorar a la superficie tonalidades humanas difíciles de captarse, incluso, de adivinar su existencia si no hubiera sido así.

Y Paco Alemán, todo comprensión, en permanente búsqueda de caminos, intuía con acierto andares y decires de personas que, no por ser vivas, dejaban de ser fantasmas, en la doble vida de apariencia y realidad.

Primero fue la poesía, con marcado ritmo en torno a los amigos más cercanos, en donde su fina ironía, nunca excesiva, descargaba sobre atributos, ínfulas, presunciones, aficiones deportivas o configuraciones físicas del elegido, pero siempre amable, afectuoso, de tal forma que, algunos no elegidos, solicitaban su personal dedicación.

Después, el periódico, artículos de amplia panorámica donde los temas reflejaban pequeñas muestras de una incansable lectura y la búsqueda de



libros de difícil adquisición o de ediciones anteriores a la guerra, que solo en librerías de viejo podían encontrarse y que algunos amigos solícitos le iban proporcionando.

Curiosidad por todo, aunque su bagaje literario, cada vez más amplio y profundo, lo centraba en torno a Murcia, a sus hombres, a sus quehaceres, a su entorno. Y una memoria prodigiosa, capaz de recordar las citas más oportunas y adecuadas al momento, como fichas que otros atesoran para cuando llega la ocasión propicia.

Más tarde el libro, obras de mayor empeño y en las que también su inquietud cultural le llevaría a producciones de variadas perspectiva, pues todo le interesaba, todo le atraía y de todo quería escribir. Y los premios, casi el único modo posible entonces de publicar. Y a los penetrantes y breves trazos biográficos de figuras destacadas de la historia murciana, agregó tiempo más adelante preferente atención a distintos barrios y a sus gentes en honda penetración hacia lo más popular. Después, los cuentos, donde la imaginación creadora forjaba con originalidad uno tras otro, y en los que a su originalidad agregaba en el breve relato frases tan precisas, con valor, a veces, por toda una obra. Y más tarde otros temas: novela policiaca, de kiosko y tantas otras más, que no caben ni en un breve resumen.

Y su amistad, que supo darla. A todos sin distinción de edades y condición social. Como daba el consejo acertado en el fluir de sus conversaciones, sin énfasis ni con ínfulas de magisterio, con la sencillez y espontaneidad que le caracterizaba. El préstamo del libro, la sugerencia o la ayuda, el artículo oportuno que impulsaba la incipiente revista, a todo estaba dispuesto.

Profeta en su tierra, porque cuantos le conocían, o eran sus lectores u oyentes, le apreciaban y proclamaban el valor de su actividad literaria. Un modo de ser, de hacer y de expresión, en que se condensaban cuanto en realidad fue y que es el mejor testimonio de su generación en sus cuatro vertientes: comprensión, generosidad, humildad y amistad. Símbolo.



Navegacion en tienda de campaña

¡ Juan Torres Tontés, tú que has estado
en otros campamentos quisiera que con-
prendieras mejor que todos y mejor que
nadie esta primera vez, tengo la expe-
riencia de que así ocurrirá.

Un abrazo de

Arcof.

Catorce hombres con una tripulación.
La lona de la tienda es una vela
prisionera de vientos y cordajes.

Hay la fístula oscura

del palo que adivina, sin raíces,

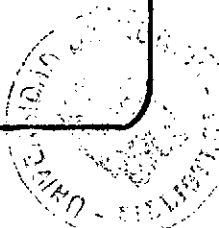
los profundos metales escondidos

en las nieblas profundas

del centro de la Tierra.

Y que dolor de mástiles

chavados en la tierra,



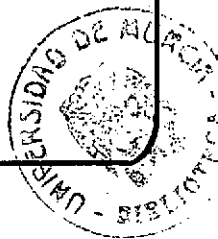
ni orbol ni martil, solo
un dolor vertical
sin ramos, sin folajes y sin fruto.
Adonde marineros sin nave
con brisas vegetales en los ojos
y un cielo dulce sin tifones
En que la tempestad no quiebra los sembrados.
Ni corales ni algas,
solo
las cuevas abiertas, volu los arcos, arcos
como olas desplegadas
por un viento sin velas.

La voz tiembla en la tarde
quedando suspendida por el aire
las lupulas esquivas que no saben
mas que de un norte abstracto
donde el hilo florece en iceberg
mientras la aurora tiembla
como una ayuda epoda sobre el cielo.



Como caura los ojos
este navegar quieto
mis quillas en gaviotas
a lo ancho de tres mares
de almanaque,
y el arado de tiempo
por las riues de estroce hombre,
hinchaudoles las venas
de sauge, y sauge, y sauge
cuesta arriba.

que nistene de entella,
navigable;
que estar, no estar, haber estado
en ese mismo nito noche y die
anchado y fugitivo.
verticudore en las cosas
y errandore a todo
ciendo prajoro, planta, nibe, vicuti.
con un ajeu de desarrise entro
y volver a ser nuevo volu el campo.



Y como duele todo
cuando todo se expira,
cuando la voz se quiebra
pensando acantilados de rocas
donde no hay riuo caídas
y mentas y tornillos.

¡Que nos talgiz de preces
superpuesta a la tarde!
Para curiar oceanos con sirenas
con istas, continentes y mareas,
odiando acuarios, con la voz dormida
y con un ojo abierto, gris.

Catorce hombres con una hipulacion.
una hipulacion en tierra
con las voces porredas,
entre un tiempo que anda
dejando en los relojes, de pulsera
un alto mar de sombras.
Catorce hombres con una hipulacion
sin maris, pero cuando en la noche



son las imaginarias
señoras que aguardan el alba,
la tienda quiebra sus amarras
y sobre el mástil se estira
la lona como una vela libertada
que va avanzando sobre un mar lento
en busca del toque de Diana.

J. C. Cuenca

Campanero de Andú
9. 8. 44

